

# LA SUECIA DE LAS COSAS PEQUEÑAS

En “El arte de coleccionar moscas” (Libros del Asteroide), Fredrik Sjöberg atrapa insectos voladores en una isla cerca de Estocolmo. Y Marit Kapla caza en “Osebol” (Capitán Swing) algo aún más volátil en un pueblo del interior: las historias cotidianas de sus habitantes, antes de que se las lleve el viento.



**A Lars Jörlen** le sucedió algo extraño dentro de su cabeza cuando se bajó del camión de la mudanza que traía sus muebles y sus cachivaches a ese pequeño pueblo del interior de Suecia llamado Osebol: “Tenía un runrún en los oídos todo el tiempo”. Le empezó a preocupar, incluso preguntó a los otros si lo oían, pero le miraban raro. Decidió salir a ver si se trataba del poste de la luz. Había muchos cables colgando, pero el zumbido no salía de allí. “Hasta que al final caí... Lo que oigo es el silencio que llevaba veinte años sin oír en Estocolmo”.

A Marit Kapla, la autora de *Osebol*, le ha sucedido en cierta manera lo que a Lars Jörlen; hubo un momento en que empezó a percibir un runrún en la cabeza. Llevaba años como directora artística del festival de Goteborg, redactora jefa de la revista cultural *Ord&Bild*, cómodamente instalada una ciudad de más de medio millón de habitantes. Pero, de repente, volvió la cabeza hacia la pequeña población donde se crio, Osebol, y sintió la llamada del silencio o, en todo caso, la llamada de ciertos susurros: los de la ventisca en el invierno, los del río en los meses de crecida, los de las pequeñas historias de un pueblo donde los mayores van muriendo. Llegan pocos jóvenes a instalarse, no hay servicios, ni siquiera escuela, las posibilidades de trabajo se han ido reduciendo y obligan a sus habitantes a desplazarse decenas de kilómetros. Un lugar donde el invierno es muy largo y la soledad puede ser aplastante, pero donde hay gente que no solo resiste, sino que es feliz. Marit Kapla decidió irse a conversar uno por uno con todos los habitantes de Osebol y pegar en el papel de un libro sus recuerdos como si fuera un álbum de fotos: sus expectativas, sus decepciones, sus asombros... pero, sobre todo, su cotidianidad. La grandeza de las cosas sencillas.

En este libro minimalista, las conversaciones quedan punteadas en un puñado de frases estructuradas en renglones separados para que se lean como la letra de una canción o como poemas. Poemas sin azúcares añadidos, poesía escueta de lo diario, de lo cotidiano, que no siempre es tan comfortable cuando vives en un lugar casi deshabitado.

Urban Nilsson es uno de los vecinos de Osebol que estuvo un tiempo fuera pero regresó: vivió en un piso en la cercana ciudad de Stöllet y le iba bastante bien, pero tampoco terminó nunca de estar a gusto del todo: “Uno necesita un poco de libertad más allá de las paredes”. Leonart Olsson explica cómo su casa vino desde Ambjörby desmontada y flotada a través del río hasta volver a armarse en su actual emplazamiento, porque las cosas vienen y van. A Natia Ellelund lo que le preocupa es cómo va a ir al colegio su hija, porque todos los centros educativos se concentran en la ciudad de Torsby: “Yo me quedaría aquí sin dudar, pero cuando la niña sea mayor no sé cómo funcionarán las cosas”.

Geert Cornelius vino de los Países Bajos y se instaló para buscar un lugar tranquilo donde ejercer de instructor de deportes de escalada y supervivencia tras haber realizado ese trabajo para el ejército durante décadas; estuvo un tiempo organizando safaris de castores. Los lobos le gustan: “Tienen que encontrar de nuevo su sitio”. Mattias Danilowicz llegó con su familia desde Polonia y también le costó encontrar su sitio en Osebol. El carácter y las costumbres eran distintas: “En Polonia, si quieres conocer a alguien, llamas sin más a la puerta del vecino y entras. Aquí no es así. Al menos no da esa sensación. Da la sensación de que haya que concertar una cita antes de ver a alguien”. Pero no se ha ido.

**Karin Hakansson:**

Después empezamos con la recogida de bayas  
Dios santo, qué cantidades recogíamos  
Llegaba una al bosque y estaba todo rojo.

**Johnny Munk Laursen:**

Tenemos una canoa  
Con la que vamos al río  
Y vemos castores  
Y peces.  
A veces encontramos un islote de arena  
En medio del río  
Entonces pasamos allí el día entero  
Y volvemos a casa por la tarde.

**Jan Hagström:**

Necesitan encontrar gente  
Y no hay suecos a mano  
Así que toca contratar temporeros  
Y esos son los estonios.

**Lotten Guftasson:**

Hemos intentado presionar  
Para conseguir un bus escolar que salga más tarde  
Pero no ha habido forma.

**Bror Andersson:**

Alguna que otra vez voy a la iglesia  
Si acaso a la misa de Navidad.  
Y me quedo allí sentado admirando...  
Esos tablones que tienen en las paredes.  
Entonces pienso en los hombres  
Que talaban los árboles  
Y en los caballos que transportaban los troncos  
Hasta el lugar donde luego los cortaban.

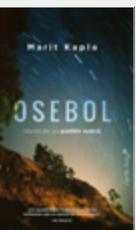
**Annika Axelsson:**

Puedo ser sociable  
Pero no siento la necesidad de tener amigos.  
No sé por qué.  
Pero a mí me parecía que aquí había muy poca gente.  
Será porque había vivido en un piso  
Y nos relacionábamos de otra manera.  
Podíamos jugar a las cartas.  
Teníamos a la gente más cerca.  
Cuando llegué aquí y vi que estaba desierto  
Pensé que era horrible.  
Además, no conocía a nadie.  
Pensaba... ¿y aquí voy a vivir yo?



Estos hilos de historias sueltas acaban cosiendo el tapiz de *Osebol*, con su naturaleza poderosa aunque se hayan talado muchos árboles y sus problemas cotidianos de falta de servicios, envejecimiento de la población y aislamiento. No es idílico, no es ideal, no es un chollo vivir en Osebol, pero los que están allí no lo cambiarían por nada. Dice Jan Hagström, que va para los setenta años: “Será que soy un poco tozudo y quiero quedarme aquí. No sé por qué. Ya lo he dicho, quizá habría sido mejor mudarme. Pero como una mula, oye; pienso quedarme aquí”.

Al final del libro, Marit Kapla se pregunta dónde empiezan las cosas y dónde terminan. En el tiempo de confeccionar y publicarlo, fallecieron Karin, Eivor y Hans, que dejaron aquí sus palabras. También nació Maria, la hija del polaco Mattias, que se extrañaba al principio de que en las fiestas los suecos trajeran su propia bebida y no la compartiesen. Pero comparten el paisaje. Incluso, los silencios. Osebol sigue vivo, se encoge y se estira con el movimiento de acordeón de las vidas de los que lo habitan. ●



**Osebol**  
Marit Kapla  
Trad. de Carmen Montes  
Capitán Swing. 824 págs. 28,50 €.

# el señor de las moscas

**Fredrik Jöberg** es un entomólogo que, en el arranque de su libro, cita a Augusto Monterroso: “Hay tres temas: el amor, la muerte y las moscas”. En realidad, es un entomólogo-escritor. Para él, atrapar moscas es un acto científico pero también literario. En estas páginas, donde desgana sus vivencias persiguiendo insectos alados, también nos lleva a través de su propia jungla interior.

Estudió biología y se lanzó a encontrarle el sentido a la vida a través de grandes viajes por el mundo. A bordo de una barcaza surcando el río Congo se percató de que echaba de menos su casa: “Es lo que ocurre cuando se viaja para tener algo que contar. Uno se vuelve miope”. De regreso en Suecia, ingresó en el Teatro Dramático Real como utilero, para ayudar con el atrezzo de las obras. Un día se vio cargando en brazos por las calles de la ciudad un cordero desde los reales establos hasta el escenario porque el director quería un cordero vivo, que al paso de las representaciones creció hasta convertirse en una oveja con la que ya no podía a cuestas. Pensó en que su lugar en el mundo tampoco estaba allí: “De vez en cuando necesitamos escapar para no convertirnos en una copia de lo que se espera de nosotros”.

Finalmente, se rindió a lo que de verdad le gustaba, aunque todo el mundo lo mirase raro: le gustaban los sírfidos. Las moscas. Una isla cerca de Estocolmo con una naturaleza suficientemente sana se convirtió en su lugar. Empezó a acotar su indagación al ecosistema de la isla y a los sírfidos. Y empezó a compartir esa experiencia como escritor. Porque, después de leer las docenas de libros, artículos y notas sobre la fauna de insectos de las costas de Gran Bretaña que le habían servido de inspiración, se planteó algo: “¿Qué es lo que intentaron capturar esas personas? No creo que fueran solo insectos”.



En estas páginas asistiremos a algunas historias y curiosidades alrededor de los entomólogos a lo largo de la historia y el fervor de los especialistas que montan congresos y comparten su pasión un poco loca por los insectos voladores. Su propia pasión a la hora de montar guardia junto a su aparatoso atrapamoscas comprado en Estados Unidos. Él colecciona moscas y nos advierte, incluso se advierte a sí mismo, sobre el riesgo de convertirse en un idiota ocioso que acumule cualquier cosa, como esos que coleccionan botones o lo que sea. Pero hay algo más que ese afán de poseer cosas absurdas que a veces intenta apoderarse de él. Mucho más. En esas largas horas sobre los tocones de fresno, o junto a ese lago donde nunca llega nadie salvo algún botánico menos despistado de lo que parecía, la vida se despliega como un origami. También los días del verano, cuando la población de la isla se multiplica por diez, a la caza de insectos se suma la de conversaciones, aunque a veces, cansado de explicar algo que la gente no acaba de entender porque las moscas le parecen feas e inútiles, cuando le preguntan qué hace les acaba diciendo que caza mariposas.

Sjöberg, risueño y ligero en sus divagaciones pero también profundo nos dice: “Para un entomólogo, quince kilómetros cuadrados son todo un mundo, un planeta en sí mismo. No como un cuento que se lee a los niños una y otra vez hasta que se lo saben de memoria: tampoco como un universo o un microcosmos (esta comparación no me convence), sino como un planeta, ni más ni menos, pero con muchas zonas desconocidas. Aunque uno descubra nuevas especies, sigue siendo un misterio cómo viven y qué hacen, de modo que lo desconocido crece al mismo ritmo que el conocimiento”. En estas páginas, escritas con mucho campo y mucho sentido del humor, nos habla de la lentitud necesaria para que algo brote. De que lo grandioso no está en lo remoto ni en las cosas descomunales, sino allí donde fijas la mirada. ●

